

16° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 12.09.2013

Ya que hemos visto, y espero profundizado, el sentido de la expresión “obra de Dios”, con el que san Benito define la liturgia comunitaria, podremos entender mejor qué significa vivirla como centro de irradiación de nuestra vida monástica según la Regla de san Benito.

Lo que nos dicen los Salmos, y toda la Escritura, conforme a la tradición de la Iglesia, sobre la obra de Dios en medio de nosotros, interpela evidentemente nuestra fe. Es la fe que reconoce que Dios está creando los seres, que Dios obra la salvación de su pueblo, que Dios nos da en el sacrificio pascual del Hijo la adopción filial en el Espíritu Santo. Sin la fe, todo esto sería una fábula, no lo percibiríamos como una realidad, y una realidad más real de la que percibimos solo con nuestros sentidos y con nuestra razón. Está bien recordarlo en este “Año de la fe”, y la encíclica *Lumen fidei*, que cité la semana pasada, merece ser profundizada por cada uno de nosotros y en nuestras comunidades.

En la Regla se habla poco de la fe, o de “creer” en el sentido de la fe, pero sí de un modo que es significativo. En el Prólogo la fe es mencionada dos veces, y ambas dentro de un contexto en el que la fe se pone en relación con la vida.

En el versículo 21 leemos: “Ciñéndonos, pues, nuestra cintura con la fe y la observancia de las buenas obras, sigamos por sus caminos, llevando como guía el Evangelio, para que merezcamos ver a Aquel que nos llamó a su reino” (RB, Pról. 21).

Y al final del Prólogo leemos: “Mas, al progresar en la vida monástica y en la fe, ensanchado el corazón por la dulzura de un amor inefable, vuela el alma por el camino de los mandamientos de Dios. De esta manera, si no nos desviamos jamás del magisterio divino y perseveramos en su doctrina y en el monasterio hasta la muerte, participaremos con nuestra paciencia en los sufrimientos de Cristo, para que podamos compartir con él también su reino” (Pról. 49).

En estos dos fragmentos del Prólogo, el contexto es el de un camino de seguimiento de Cristo que nos llama a seguirlo hasta compartir con Él su Reino. La vida monástica, la *conversatio*, la vida en el monasterio es, en el fondo, este camino que recorreremos con toda nuestra vida y por toda nuestra vida, iluminados y guiados por el Señor que nos habla, en el Evangelio, con sus mandamientos, con su doctrina, con su “*magisterium*”, con su palabra de Maestro. La fe es la atención y la confianza que nuestra libertad otorga a esta propuesta, a esta luz, a este camino. Pero la atención y la confianza son verdaderas si se las ejerce con todo lo que somos, con toda nuestra vida, con todo nuestro comportamiento, que, de esta forma, progresa junto con la fe hacia la plenitud que solo Dios puede darnos, la plenitud de nuestra comunión total con Él en su Reino.

El corazón se dilata, es decir, nuestra vitalidad interior se dilata, en la medida en que entre nuestra vida y la fe hay un estímulo recíproco a progresar, a hacer un camino siguiendo a Cristo. Sin la fe, la vida no tendría la luz necesaria para saber dónde acudir para progresar, para mejorar, para crecer, es decir, no vería al Señor y lo que nos da para seguirlo a su Reino. Pero también la fe, sin una vida en camino, sin el camino de una vida hecho de encuentros, de obras, de elecciones, de esperanzas, etc., sería como una luz de adorno, estética, pero no indicadora de un camino. No se encarnaría en una vida.

Por esto, san Benito nos ofrece una forma de vida que pone la fe en contacto con un camino, con una experiencia de vida, en la que fe y vida pueden cooperar, interactuar para ir hacia delante. Para que la vida cristiana sea un camino, es necesario poner siempre en relación la linterna que da luz con un cuerpo en movimiento, si no es así, la linterna solo ilumina un vacío, o el movimiento del cuerpo sin luz se pierde en la oscuridad.

Digo esto porque es lo que debe también verificarse, con respecto a la obra de Dios que san Benito pone en el centro de la vida monástica. El centro es una luz, que la fe reconoce y nos permite ver. Es la fe que nos permite ver que es Dios que obra en medio de nosotros, que nos salva y nos hace hijos suyos. Pero este reconocimiento de la obra de Dios que la fe nos permite, si no se irradia desde el centro hacia la vida, si no nos acompaña en los distintos círculos de la vida monástica y humana, se convertiría en un centro muerto, apagado, que no irradia. Una luz que no irradia, se apaga, ya no es luz. Si en la celebración de la obra de Dios reconozco y alcanzo con fe la conciencia de ser hijo de Dios en Cristo por el Espíritu Santo, pero después no llevo esta conciencia a mi vida, se no la pongo en juego en la vida, en todos los aspectos de la vida, es como si esta verdad se apagase, se volviese menos auténtica, perdiese su realidad. Permanecería verdadera en sí, en Dios, pero no será verdadera para mí. ¿De qué serviría saber que Dios nos hace sus hijos si esto no se expresase en la vida, si no viviésemos esta realidad, si esta verdad no transformase al menos un poco de la vida, no se convirtiese en experiencia?

La obra de Dios que celebramos en la liturgia debe irradiarse para hacerse experiencia, y debe hacerse experiencia para irradiarse.

Nos puede ayudar a entender todo esto el uso en la Regla de un término que siempre me ha parecido extraño, hasta que he tomado una conciencia más clara de todo lo que hemos visto sobre la obra de Dios, según san Benito. Es el término "*operarius* – obrero". Hasta hace poco tiempo, este término me molestaba, porque me parecía un poco peyorativo. Cuando leía en el Prólogo de la Regla que Dios busca en la multitud del pueblo "su obrero – *operarium suum*" al que grita: "¿Hay alguien que quiera la vida y desee días felices?" (cfr. Pról. 14-15), me decía siempre que Benito había elegido un término desacertado. En el fondo, me hubiera gustado más el término "siervo", que es más bíblico, o, sencillamente, el término "hombre", o, simplemente "alguien". Será la influencia de la ideología moderna del '68', pero la idea de "obrero" implica para mí la de "patrón", y si Dios busca obreros, y si tiene "sus" obreros, quiere decir que es un patrón, un "burgués". Era una impresión epidérmica, además, poco inteligente, porque San Benito ha utilizado este término un milenio y medio antes de la revolución industrial y las luchas de los trabajadores.

Mientras meditaba sobre la obra de Dios, me di cuenta que el *operarius* es literalmente, "aquel que obra", que cumple una obra. Podríamos traducirlo también por "operador". Si san Benito utiliza este término es precisamente con referencia al *opus Dei*. Dios busca "su obrero" en el sentido que busca hombres y mujeres que hagan "Su" obra, que encarnen la obra de Dios. Y ahora casi me disgusta que Benito no utilice este término más que tres veces, aunque sean todas significativas, como veremos mañana.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist